cion del mundo, los tormentos de este pueblo degenerado.

De las regiones salvages é inaccesibles del Norte brota una multitud inmensa que invade el Capitolio y hace caer el imperio de la ciudad eterna. No son casuales estos acontecimientos. Así será tratada, dice San Juan. "la ciudad que reina sobre los reyes de la tierra," (1) la ciudad levantada sobre "siete colinas," (2) porque es la madre de las abominaciones, y está "embriagada con la sangre de los santos y los mártires de Jesus. (3)

Despues de haber presenciado la destruccion de la antigua Roma, volved los ojos, hermanos mios, á esa muchedumbre de pueblos que, despues de haber militado gloriosamente bajo la enseña del Calvario, volvieron sus espaldas á la Cruz. Visitad con la imaginacion esas comarcas numerosas de la Asia, que fueron otro tiempo los bellos timbres de la Iglesia y el ornamento de la religion. ¡Efesso, Antioquía, Cesaréa, Nicomedia: en vuestro seno vinieron á reunirse en una época todas las acciones inmortales de la virtud y todas las producciones maguíficas de las abiduría: al fecundo calor del Evangelio florecieron entre vosotras, no solamente las costumbres mas puras, sino tambien los talentos mas ilustres, las ciencias y las artes! ¿Dónde están ahora aquellos dechados perfectos de virtud, tantos caractéres de santidad, tantas obras insignes que presentábais á la

1 Ap. XVII, 18.
2 Ib. v, 9.
3 Ib. v. 6. cit. por Fenelon,

admiracion del Universo? ¿Qué hicísteis de la inmensa gloria que os legaron en su nombre los Basilios, los Gregorios y los Crisóstomos?.... Mas apartad, católicos, vuestra vista del Asia, fijadla por un instante en la extremidad de la Europa; visitad esos nuevos pueblos. ¿Dónde está la ciudad de Constantino? ¿No es esta la magnífica, la culta, la sabia ciudad, que mereció en otro siglo los gloriosos renombres de nueva Roma y de segunda Atenas? Dejad la Europa, penetrad en la Africa, recorred esos otros pueblos que fueron de los Atanasios, Cirilos y Tertulianos, donde la sábia Grecia, animada otra vez con un soplo de vida que le comunicó el Evangelio, revivió toda y santamente depurada del contagio del paganismo en la célebre escu la de Alejandría, y donde los Ciprianos y Agustinos dieron tanto lustre á las ciudades de Cartago y de Hipona.

¿Qué fué, vuelvo á preguntar, qué fué de estas ciudades famosas, de su opulencia y de su gloria? Yo no veo, señores, sino campos desiertos, envueltos en las tinieblas de la ignorancia, presa de las supersticiones mas viles, sin libertad y casi sin patria, encorvados bajo el yugo de un despotismo feroz, espantosamente undidos en el inmundo fango de los errores y de los crímenes. Estaba, ¡oh Dios! en los derechos de vuestra justicia eterna que sucediese así: era preciso que la apostasía de los pueblos experimentase los efectos de vuestro furor, y que pudiera decirse á cada una de esas naciones infieles lo que á Israel prevaricador decia uno de vuestros profetas: "Sabe y confiesa que es muy terrible y amargo el haber abandonado al Señor tu Dios."

Mas no concluyamos, hermanos mios, esta revista fúnebre de penas y castigos, sin volver todvaía una última mirada sobre esa misma Francia, donde hemos presenciado no ha mucho el cuadro mas completo de todos los errores, de todas las crueldades, de todos los crímenes y abominaciones que puedan caber en la naturaleza corrompida. No me detendré á manifestaros la muerte horrible del filósofo de Ginebra y del patriarca de Fernéy, estos corifeos de la incredulidad y precursores de la desolacion y exterminio que sufrió el reino cristianísimo de Clodovéo y Cárlo-Magno; no llamaré vuestra atencion hácia aquellos sacerdotes intrusos, heridos por el rayo del cielo en el instante mismo en que se aprestaban á la posesion de los honores del santuario; correré un velo sobre Marat y Robespierre, porque en esa multitud inmensa de criminales víctimas, es empresa difícil para el orador pasar individualmente la vista por el suplicio de cada una. Es necesario ver de un golpe todo el terrible conjunto, ver á estos malvados luchando inútilmente con su propio destino, perseguir en vano al cielo y á la tierra, y espiar casi á un tiempo mismo entre las maldiciones de Dios y las execraciones delhombres; es necesario verlos sumergidos bajo las ruinas de sus propias instituciones, de esas instituciones pasageras, levantadas sobre una arena movediza, y desmoronadas entre las manos de sus propios autores. ¡Gran Dios! ¡qué implacable y terrible fué vuestra cólera para con los autores de esta conflagracion impía, verdugos sacrílegos que se bañaron en la sangre de vuestros sacerdotes,

que profanaron y destruyeron vuestro tabernáculo augusto con el designio frenético de abolir la memoria de vuestro Cristo!..... ¿Qué fué de los autores de esta famosa revolucion? Siglo ateo, ¿dónde están tus sabios y tus fuertes? ¿dónde los trofeos de tus victorias y los despojos de tus conquistas? ¡Dichosos ellos, hermanos mios, si semejantes á los soberbios de Babilonia, solo hubieran tenido que sufrir el humillante castigo de la confusion de las lenguas! Pero vedlos cómo espiran entre la oscuridad y la ignominia, cómo se despedazan y devoran mutuamente, y cómo representan casi todos en esta escena de sangre el doble papel de verdugos y de víctimas.

¡Oh pueblos. atended! esta leccion ha sido dictada para vosotros. Temed á la vista de estos estragos, temblad: la atmósfera que circunda al Universo no acaba de purificarse aún de este contagio maligno que afligió tanto á la religion de Jesucristo, y arrebató tantos hijos á la patria do Godofredo. Y vosotros, grandes de la tierra, aprended aquí lo que cuesta el abuso del poder: sabed que le teneis prestado, y que para confundir y arruinar totalmente al insensato que se arma contra el cielo, no se necesita de otro impulso que el que bastó para sacar al mundo de la nada. Abrid los ojos y convertid á vuestro propio bien las lecciones que suministran estas catástrofes sangrientas: no sea que perezcáis entre los clamores desesperados de un tardío arrepentimiento, cuando el Hombre-Dios haya pronunciado el *hasta aquí* de su paciencia y hecho tronar sobre vuestras cabezas el tremendo rayo

de su ira. *Nequando irascatur Dominus, et peredtis de via justa* (1)

¡Qué grande y sublime se presenta, señores, á mi alma, ese madero augusto, cuando le veo reunir á su rededor la sabiduría, la virtud, el poder, cuanto hay de mas admirable en los cielos y en la tierra! ¿Quién temerá por el reino que él preside, cuando repasa la serie infinita de sus victorias y mira disiparse inevitablemente las negras tempestades que hace brotar el abismo? Ved, católicos, al nuevo reino presentando el modelo de todas las sociedades: ved esta sociedad en que la libertad evangélica, dulcemente abrazada con la fé, anuncia desde la Cruz de Jesucristo aquel "imperio sin fin," que no estaba prometido por cierto á los descendientes de César. ¿Qué política es ésta, señores, que tan maravillosamente combina los derechos y la autoridad, los intereses del súbdito con el poder del magistrado? ¿Qué Estado es éste, donde no se ha interrumpido jamas la sucesion de los soberanos, sin embargo de no contar con otra dinastía que los vínculos de la fé? Colocado en medio de todos los reyes, el Vicario de Jesucristo ve nacer, encontrarse y morir todas las vicisitudes de la política, sin que vacile un instante su trono. ¿Quien contará, señores, todos los caracteres diversos que han venido presentando en la série de los siglos la política, la legislacion, los principios del órden, el genio de los pueblos y la suerte de los gobiernos en las instituciones humanas?

1 Ps. II v. 12.

¡Oh Iglesia de Jesucristo, sociedad única y verdadera, imperio por excelencia! Tú descubres en esa silla invulnerable, en esa luz indificiente, en ese principio eterno, independiente de todas las vicisitudes humanas, en esa unidad exclusivamente tuya, en esa universalidad tanto mas duradera cuanto mas espontánea, que no pertences al mundo, que eres la Esposa de Jesucristo, que no prevalecerán contra tí las puertas del infierno. Verás levantarse y abatirse todos los tronos, grandes y decadentes todas las sociedades, resplandecientes y oscurecidas todas las glorias, mientras que tú, superior al tiempo y á la muerte, aparecerás inmune, como el arca misteriosa, entre las ruinas de cuanto existe; y como te vió el hombre, constante y fuerte en tu nacimiento, te verá tambien triunfante y gloriosa, "á la luz moribunda del Universo abrasado." (1)

No me sorprende ya, católicos, ver á Jesucristo anunciando tan anticipadamente las glorias de su Cruz, levantarse para ir á Jerusalen, diciendo que ha llegado la época en que va á ser glorificado el Hijo del Hombre. Ahora comprendo aquella gloria que vió el evangelista San Juan, aquella gloria suprema y única del Unigénito del Padre, esa verdad infalible que hizo caer el cetro del pensamiento de las manos del filósofo gentil, esa trasformacion que en el Universo producen las innumerables virtudes que corren con la sangre del Mesías, este reino invencible que nace de la Cruz: ahora comprendo esa plenitud de gracia y de verdad, que abre las puertas del cielo al Uni-

1 Boulogne. Sermon sobre el juicio.

verso condenado, limpia y regenera la naturaleza humana, marchita y muerta por la primera culpa. Mi alma queda absorta en la contemplacion de tanta grandeza, dulcemente agobiada bajo el peso de tanta magestad y de tanta gloria: el nombre augusto de cristiano eleva mi corazon, y un enagenamiento sublime se apodera de mí, cuando veo la Cruz de Jesucristo en los brazos de los mártires, en el candor de las vírgenes, en la mano del apóstol, en los libros del sabio, en los dedos del niño, en el pecho del rústico y en la frente del monarca.

Desde esa colina dende le coloca la ingratitud de un pueblo rebelde, desde ese patíbulo que ha trasformado en un monumento de gloria, pasea sus miradas por todo el Universo, registra los pasados y futuros siglos, que han de conducir hasta la eternidad los humildes tributos de adoracion, de reconocimiento y de amor, los inflamados votos de todos los hombres, las virtudes de todos los justos, el culto magnífico de todos los pueblos, el santo vasallaje de todas las generaciones. A su presencia huyen medrosas las tinieblas que habian cobijado la tierra, disipadas por el esplendor divino que sale de su Cruz; bajan hasta el abismo los infames restos de la idolatría, y descuellan los inexpugnables muros del nuevo templo: la figura cede el campo á la realidad, y sobre el antiguo pavimento de la sinagoga se levanta el Tabernáculo augusto que ha de habitar en persona el Hijo de Dios vivo.

Esa Cruz es el trono del mundo; esa corona de espinas es la única diadema; esas llagas son otros tantos monumentos de inmortal victoria; la eter-

na Magestad de los cielos consagra en el culto sublime de los ángeles y de los hombres ese aparato fúnebre, esa urna de dolor. ¡Criaturas todas, reconoced á vuestro soberano! ¡Cielos! inclináos á su presencia! ¡Postráos delante de él vosotros todos los que ocupáis la tierra! ¡Estremecéos al escuchar su nombre, potestades vencidas que habitáis en las eternas llamas! "Que al nombre de Jesus, se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos."

Redentor del mundo, nosotros nos postramos delante de vos, para rendiros en vuestras aras el culto solemne de nuestra admiracion y de nuestra gratitud. Hombre-Dios, á vos pertenecen todos los homenajes: Dueño sois de todos los beneficios que el Universo disfruta: de la verdad que nos ilustra; de la virtud que nos santifica; de la Iglesia que nos conduce, que nos sostiene y nos salva: vuestro es el poder, vuestra la divinidad, vuestra la sabiduría, la grandeza y la gloria. ¡Bendicion, claridad. accion de gracias á Vos, honra y culto sin fin á Vos, Rey eterno de los ángeles y de los hombres! Que á vuestro nombre, pues, se postre el Universo; que todos los pueblos os escuchen como al Autor supremo de la verdad; que todos los hombres os veneren como al modelo divino y único de la virtud; que todos los reyes pongan el cetro y la diadema á los piés de vuestra Magestad; y que nosotros, ¡oh Jesus! permanezcamos firmes en la profesion de nuestra fé, que no aspiremos nunca sino á la gloria y á las santas delicias de vuestra Cruz, y que despues de haber permanecido fieles en la milicia de vuestro reino, reciba-

mos de Vos mismo en la triunfante Jerusalen la corona de inmortalidad que habeis prometido á la constancia heróica de los justos!